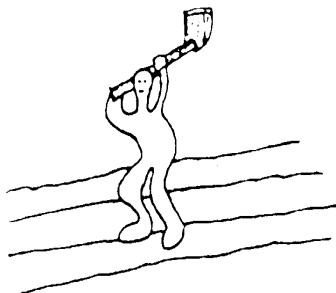




Los doce pasos del predicador



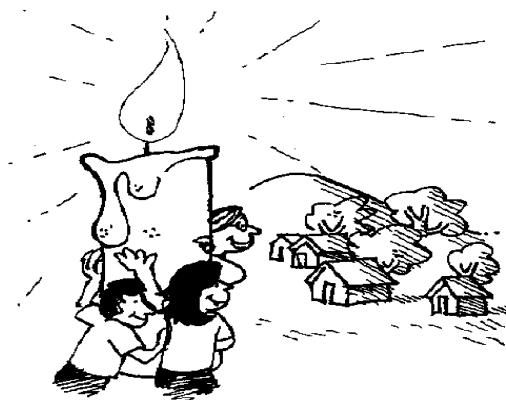
1. El predicador y la comunidad están siempre en un proceso de preparación espiritual. No podemos entender “preparación” solamente como el trabajo que se hace para producir un sermón. Debemos de trabajar la tierra” continuamente

para que la semilla de la Palabra caiga en tierra buena. Esto significa vivir una vida comunitaria, servir a los demás, promover la reconciliación, y celebrar la fe a través de la oración personal y litúrgica. En otras palabras, cada día preparamos la homilía de nuestra vida

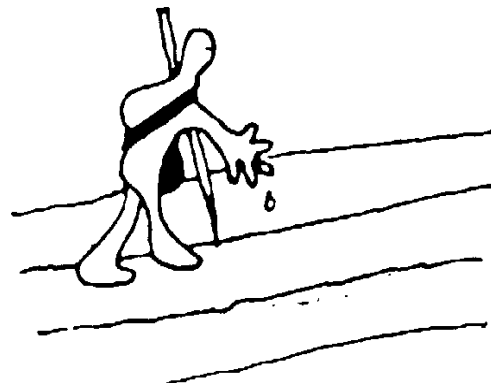
3. Nosotros sembramos la semilla, pero Dios es el que la fecunda con el rocío del Espíritu. Las lluvias nos recuerdan que la germinación de la Palabra en nosotros es obra de Dios. Tenemos que abandonarnos al proceso y al tiempo de Dios, saber abrirnos a lo nuevo, lo inesperado, lo que viene de la gratuidad del Creador

4. Ser predicador es saber vivir a diario con la Palabra. Ella se hace compañera, amiga nuestra de todos los días. Como cualquier amistad o relación, nuestro “amor por la Palabra” tomará su tiempo. Tenemos que saber esperar, como cuando uno espera que el maíz crezca y llegue a su punto. Hay que aprender a confiar en nuestra amiga, la Biblia, hacerle preguntas cuando no entendemos algo, reírnos con ella y llorar con ella. Podríamos llevar un pequeño Nuevo Testamento o una copia del evangelio del domingo con nosotros todos los días para que juntos crezcamos, bañados en el Sol de Justicia, Cristo Jesús

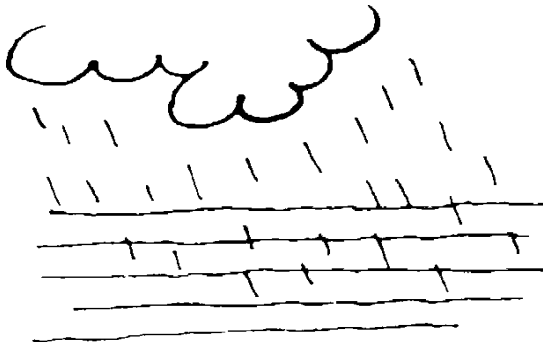
5. La maduración de los frutos del campo nos recuerdan cómo la Palabra de Dios se va haciendo más madura, más profunda en nosotros. Esto ocurre cuando tomamos en serio el estudio de la Biblia, cuando dedicamos tiempo a formarnos en sus riquezas. Hablar con otras personas sobre la Biblia, apuntar en un cuaderno ideas que van surgiendo de nuestro estudio bíblico, leer folletos y libros sobre los evangelios y otros libros bíblicos, asistir a cursos de formación bíblica y retiros espirituales son maneras de profundizar nuestro entendimiento de la Palabra de Dios.



2. Escuchar y meditar la Palabra de Dios todos los días, especialmente en la preparación de una homilía. Es bueno a veces leer la Palabra en voz alta para oírla como “algo nuevo”. Queremos que la semilla de la Palabra llegue continuamente a bendecir la tierra de nuestras vidas.



6. Nuestro “vivir con la Palabra” tiene que llevarnos a algo concreto. Igual que en la preparación de una predicación tenemos que llegar a un tema central, pues así es con la vida espiritual también. Es importante aterrizar, concretar nuestra espiritualidad. Hay personas que pasan toda la vida buscando, y nunca encuentran algo concreto a qué comprometerse. Son como los predicadores que hablan mucho sin decir nada. Este es el paso de recoger lo esencial y dejar los demás. ¿Qué es lo esencial para esta homilía? ¿para mi vida?



8. Cuando preparamos una predicación, tenemos que cocinar todas las ideas e ir aclarando exactamente lo que queremos en la homilía. Este paso es difícil, porque nos cuesta pasar por el fuego de la purificación. Pero una predicación complicada y llena de ideas innecesarias sabe entregar su predicación y su vida al Espíritu no llega a dar de comer al pueblo. El Espíritu convierte la masa de nuestras palabritas en el pan de la Palabra de Dios.

10. Llega el momento en que uno tiene que tomar la masa en las manos. Ya termina todo lo que es preparación. Una homilía que nunca pasa de la mente a las manos, es decir, a la vida práctica, solo queda en ideas bonitas. Tenemos que ensuciarnos las manos meterlas en la masa de la vida y descubrir a Dios en la acción.

12. Después de todo este proceso es importante predicar la homilía con gozo, compartir el "PAN DE DIOS" con el pueblo. Todos nuestros esfuerzos por crecer espiritualmente, por preparar bien la predicación, culminan en este momento. Dar de comer a los demás, aún cuando seamos pobres, es de alguna manera empezar a celebrar la Eucaristía. "Denles ustedes de comer", les dijo Jesús a los apóstoles en Lc 13. Ver que el pueblo goza de nuestro pan sencillo, de nuestra predicación sencilla, nos da la esperanza para seguir dando. Predicar es dar gracias a Dios por la Palabra y el pan recibidos.

7. Después de llegar a concretar el tema central en el proceso de preparar una predicación, es bueno hacer una lluvia de posibles ideas que podrían incluirse en la homilía. ¿Qué ejemplos nos vienen a la mente? ¿Alguna historia o experiencia propia que ayudaría a alumbrar el tema central? Así es con la vida espiritual. ¿Qué necesitamos para vivir nuestro compromiso cristiano? .

9. La vida es como la masa para hacer tortilla o pan. Hay que amasarla, trabajarla haciéndola mas suave a través de la práctica. Si uno quiere ser guitarrista pero nunca agarra la guitarra, nunca se arriesga a aprender. Dios no le puede ayudar mucho. Lo mismo con un predicador. La vida se vive viviéndola. ¿Queremos ser buenos cristianos, buenos predicadores? Tenemos que arriesgarnos. Tenemos que practicar la vida, y cuando ya lo hayamos hecho todo, solo falta una cosa: dar la vida.



11. Poner la masa en el horno para que se cocine es ya dejar de estar en control de ella. Ahora el fuego y el horno hacen su trabajo. Hay momentos en nuestras vidas en que tenemos que dejar de estar en control, y permitir que el Espíritu Santo nos guíe, El predicador que no sabe entregar su predicación y su vida al Espíritu no llega a dar de comer al pueblo. El Espíritu convierte la masa de nuestras palabritas en el pan de la Palabra de Dios.

